

tativos á formar una caja de préstamos para los necesitados, mediante un ligero interés destinado al pago de los empleados. El proyecto tuvo un éxito maravilloso, y esta caja se llamó "Monte de piedad." Esto ocasionó un concierto unánime de bendiciones de parte del pobre pueblo y una explosión formidable de injurias, de acusaciones, de reclamaciones y de calumnias de parte de los agiotistas. Felizmente, los pequeños y los débiles tenían entonces un apoyo en el papado. Los soberanos Pontífices impusieron silencio á los detractores, aprobaron la institucion ó hirieron con censuras á cualquiera que hablase mal de ella. En el número de estos bienhechores del pueblo, citemos entre otros, á Paulo II, á Sixto IV, á Inocencio VIII, á Julio II y á Leon X. Al leer las sábias y paternales prescripciones de estos Pontífices no se puede dudar de que no hay en la historia una página que haga más honor á la caridad romana 1.

No tardó en establecerse un monte de piedad en Roma, y los cardenales, protectores de la orden de los Hermanos Menores, lo fueron tambien de su obra. Entre estos príncipes de la Iglesia, debe nombrarse, por reconocimiento, á San Carlos Borromeo, que hizo perseverantes esfuerzos por la prosperidad de la institucion. Clemente VIII, viendo el número creciente de los depósitos, compró, para recibirlos, tres grandes palacios, cuya reunion forma hoy el local del Monte de Piedad; lo visitamos con admiracion. La capilla destinada á los ejercicios religiosos de la cofradía resplandece con mármoles raros y preciosas esculturas; todo el edificio está recientemente restaurado. Supimos que el Santo Padre Gregorio XVI acababa de dar al Santo Monte una prueba de simpatía y de dejarle un recuerdo de su generosidad hácia los pobres, mandando á sus expen-

1 Véase, entre otros, á Ferraris *Bibliotheca* te., art. *Montes Pietatis*.

sas la devolucion gratuita de muchas prendas. En los tiempos más prósperos de la obra, se conservaban diez y ocho meses gratuitamente las prendas que no excedían de 30 escudos de deuda. Desde los sacudimientos políticos, la prenda de un año se recibe y se renueva gratuitamente solo cuando el préstamo no excede de 13 escudos.

Dos cosas distinguen el monte de piedad en Roma: la primera es el establecimiento de una sala particular en donde se recibe únicamente el oro, la plata y las alhajas de un valor de más de cuatro escudos. La facilidad que se presenta á los que depositan y la reserva de que se usa á este respecto, especialmente en este "depósito" adonde vienen frecuentemente, impulsadas por la necesidad, personas muy honradas, es un nuevo ejemplo de delicadeza de la caridad romana. La segunda es el establecimiento de "montes" suplementarios ó sucursales en los diferentes cuarteles de la ciudad. Están destinados por el monte de piedad mismo á recibir provisionalmente prendas, cuyo valor sea hasta de cuatro escudos, con el fin de que los pobres puedan encontrar un socorro instantáneo á todas horas y sobre todo los días festivos que el establecimiento principal está cerrado.

Si el monte de piedad presenta al pobre el medio de sustraerse á las desolaciones de la usura, le suministra con demasiada facilidad tal vez, fondos que puede perder en desórdenes y locuras. Para compensar los vicios de esta institucion, ó más bien para completarla, se ha establecido en Roma una caja de ahorros. De este modo, el pobre, el artesano, el honrado labrador, encuentran en la previsora ciudad el precioso recurso de procurarse dinero para sus necesidades y el medio seguro de conservar útilmente el fruto de sus economías.

Además, el pueblo es siempre un niño; á pesar de la activa solicitud con que se vela por sus intereses, la tentacion del juego puede arrastrarle á pérdidas ruinosas y dejar comprometido á él y á su familia. Ya es sabido cuán grande atractivo presta á los pobres la lotería. Esta, autorizada en Roma por Inocencio XIII, fué abolida por Benedicto XIII; su sucesor, Benedicto XIV, viendo que su pueblo, apasionado por este juego de azar, corría á todos los Estados limítrofes donde estaba establecido, sacando de Roma el capital se decidió á tolerarlo. Pero obligó al fisco á dar á los gananciosos un 80 por 100, y á hacer recaer en los pobres todo el provecho del juego, deduciendo solo los gastos. Así la lotería de Roma da 30,000 escudos por año en limosnas manuales; 15,000 en otras limosnas y 3,500 escudos de dotes á las jóvenes de que poco há he hablado. Tal es la hábil combinacion en virtud de la cual la lotería de Roma cura con una mano las heridas que puede causar con la otra. ¿Conoceis un medio más ingenioso de sacar el bien de un mal necesario?

Protegido el pobre contra sus mismas pasiones no le queda más que ponerse á cubierto de la injusticia de otro. Si el rico se ve comprometido en un proceso, ó se defiende á sí mismo, ó encuentra fácilmente abogados; pero el pequeño y el débil, nada ilustrado para defender su causa, ó demasiado pobre para encontrar una voz que quiera prestarle su apoyo, se ve expuesto sin defensa á una ruina completa; Roma entonces viene en su ayuda. Desde principios del siglo décimosexto se formó una sociedad de letrados, abogados ó prelados de los tribunales y aun de la Rota. Se reúne todos los domingos en la iglesia de San Carlos, en donde tiene su oratorio particular. Despues de haber cumplido con sus ejercicios piadosos, se retira á una sala inmediata para examinar las causas

civiles en que los pobres se encuentran interesados y comprometidos; reconocido el derecho de éstos, toma al punto su defensa gratuitamente. La archicofradía de "San Ives" no excluye á ningun pobre de su patrocinio, cualquiera que sea su país; nueva prueba de que la caridad romana ha aspirado siempre á ser católica.

La Cofradía se compone de un cardenal protector; de un prelado miembro de la magistratura de Roma, llamado prefecto, y de asociados, todos hombres sabedores de las leyes. El pobre que reclama su apoyo envía directamente su súplica al cardenal protector, quien la manda á alguno de los legistas de la sociedad. Este examina las certificaciones de indigencia y las razones presentadas como prueba de su derecho por el peticionario; luego, reunidas estas dos condiciones de justicia y de miseria, se encarga la Cofradía de la causa y uno de los cofrades presenta la defensa. Además, el pobre es elocuentemente defendido, porque la Cofradía ha visto siempre entre sus miembros á personajes célebres; hoy todavía está orgullosa de haber contado entre sus filas al ilustre Benedicto XIV, cuando no era más que el abogado Lambertini. Los soberanos Pontífices, por su parte, no han cesado de estimular ó impulsar esa asociacion eminentemente cristiana. Benedicto XIII la concedió el privilegio de poder condecorar con la prelatura romana al abogado que le pluguiese elegir.

8 DE FEBRERO.

Carnaval.—Caridad romana con el pobre sin abrigo.—Visita á Santa Galla y á San Luis.

Era cerca de medio día cuando salimos para seguir nuestro itinerario; pero el carnaval estaba en la calle y nos fué preciso batirnos en retirada. Por otra parte, los historiadores más graves de la antigüedad

han descrito las alegrías del pueblo-rey y por ello debemos darles las gracias; porque los placeres de los pueblos tienen también su enseñanza. Tal será mi excusa, si hablo del Carnaval en la Roma moderna.

Los romanos de hoy, dignos herederos de los hijos de Rómulo, son todavía locos amantes de los espectáculos; el carnaval en particular parece trastornarles la cabeza. A esta fiesta burlesca, le dan una importancia perfectamente cómica, y su entusiasmo se traduce en un proverbio muy conocido. Para señalar las grandes épocas del año, dicen: "El santo Natale, la Pasqua e il santissimo carnevale," la Santa Navidad, la Pascua y el santísimo carnaval. Al acercarse el carnaval, la lotería no puede bastar á las demandas de billetes; el Monte de Piedad se llena de objetos de primera necesidad que los pobres depositan allí en prenda del dinero que necesitan; los colegios públicos se cierran; los almacenes del "Corso" no venden ya y se trasforman en tribunas y en galerías para los espectadores; toda la ciudad se pone de fiesta.

La apertura del carnaval se anuncia por la gran campana del Capitolio, ¡que no suena más que en esta circunstancia y en la muerte del Papa! A las doce en punto se hace oír. Entonces el senador de Roma, con gran manto de seda bordado de oro, acompañado de guardias y de pajes ricamente vestidos, baja la célebre colina, en un coche brillante de plata y dorados; recorre el Corso de uno á otro extremo. Su presencia anuncia al pueblo que puede comenzar. Apenas ha dejado la calle la carroza senatorial, cuando un cañonazo da la señal de la fiesta. En un abrir y cerrar de ojos se llena el "Corso" de dos hileras continuas de carruajes que circulan lentamente, y cuyo doble movimiento de ida y de vuelta forma una cadena móvil desde la plaza del Pueblo hasta la plaza de Venecia. Hasta los últimos pisos en todas las

enerucijadas y balcones hay tendidas ricas cortinas rojas, tras de las cuales hay espectadores que arrojan á los carruajes y á los máscaras los "confetti." Estas son unas pequeñas bolas como una nuez de harina y que se rompen al caer. Lluven también flores y pedazos pequeños de chocolate del mismo tamaño que los "confetti." Nadie se escapa, aunque sean príncipes ó princesas. Para evitarse los paseantes del granizo que les asalta, se cubren el rostro con una máscara de alambre; pero nada preserva sus vestidos, que después de algunos minutos se ponen blancos como los de los panaderos. Los transeúntes por su parte, se previenen con grandes canastas llenas de inocentes proyectiles y tiran á su sabor.

En medio de los coches circulan, saltan, danzan, cantan é improvisan millares de máscaras de todas formas y de todos colores. En las dos banquetas se oprime una multitud compacta que devora con los ojos el cómico espectáculo; que se apasiona, que se estremece y que estalla en bravos ó en carcajadas de risa pareciendo así ébria de alegría. Colocados nosotros también en el balcón aislado de un tercer piso, no pudimos dominar la hilaridad á vista de ciertas escenas de una extravagancia completa. La primera de estas singularidades ó "excentricidades," como habla cierto orador político, era un improvisador con traje de trovador. Iba colocado á manera de jockey detrás de una cabeza descubierta y cantaba sus versos animándose con un tambor vasco. Los chistes eran tan cómicos y tan satíricos, que la multitud reunida alrededor del coche reía estrepitosamente; la risa se comunicaba á los balcones y se convertía del todo en homérica.

Apareció en seguida un doctor en medicina, vestido como Sangrado, la cabeza cubierta con un sombrero negro á la Robinson y de un metro de altura; el cuerpo

rodeado de un ancho vestido negro fijo con un cinturón y la nariz adornada con un par de anteojos, de los cuales cada vidrio tenía la extensión de un plato. A un lado del doctor marchaban sus ayudantes, sus criados. Los primeros encargados del recetario mágico, abrían paso á su amo; los segundos llevaban levantado á la altura de sus cabezas, cierto instrumento que por sus dimensiones colosales no se parecía á los de su género, sino que daba idea de la chimenea de un buque de vapor. Gritos y alborotos por otra parte inocentes, señalaban el camino del discípulo de Hipócrates. Manifestaciones de otro género acogían á un gracioso personaje que comunicaba en zigzag, de enfiéndose delante de los balcones más anchos; éste era lo que la multitud llamaba el jardinero del Papa. Este máscara, armado de una serpiente de madera que se alargaba y se encogía, según se quería, arrojaba hasta los segundos pisos ramos de violetas y de rosas de primavera. En recompensa recibía en el rostro algunas buenas puñadas de "confetti." ¡Oh crueldad!

Entre el número de estos actores al aire libre, figuraban muchos alumnos de la Academia de Francia, y representaban una escena de bandidos. Mirad verir un máscara de hercúleas proporciones y de carabina á la espalda; lleva de la brida un soberbio caballo, sobre el cual va atravesado y fuertemente atado un noble viajero, con la cabeza rodeada de un lienzo ensangrentado. Alrededor del caballo marchan ocho bandidos armados de carabinas y de puñales. Detrás vienen dos caballos de carga que llevan los ricos despojos del viajero, á quien la tropa infernal conduce á su retiro en el fondo de la selva. De vez en cuando hubiérais visto á la desgraciada víctima, haciendo esfuerzos por querer desembarazarse de las ligaduras y al punto dirigirse todas las carabinas contra

ella y todos los puñales contra su pecho. Tal era la verdad de aquella escena, que si los actores no hubieran sido compatriotas nuestros, se les hubiera tomado por veteranos en el oficio.

Por otra parte, para ver el carnaval y reirse con ganas, yo no estaba en mala compañía. A mi izquierda estaba un profesor de historia eclesiástica, sacerdote respetable bajo todos aspectos; á mi derecha un ¡obispo! sí, un obispo, ¡y qué obispo! para hablar al estilo de M. Julio Janin, un obispo de la Océánica, un apóstol. Mientras aquel pueblo de niños grandes, se enloquecía en la calle, nosotros hablabamos de misiones, de salvajes, de propaganda de la fe. Nuestra conversacion habia durado ya algun tiempo y seguia, cuando se hizo oír un cañonazo; éste anunciaba á los carruajes que estuviesen listos para salir del "Corso;" y todos los coches se detuvieron. Pocos minutos después, un segundo cañonazo dió la señal de salida; en un abrir y cerrar de ojos quedó despejada la calle, y solo las banquetas quedaron obstruidas de gentes de á pié. Dos piquetes de dragones recorrieron á galope el "Corso" en toda su longitud, á fin de barrer el espacio para la carrera de caballos.

En la plaza del Pueblo se tienen siete caballos salvajes ("barberi"). Estos animales, perfectamente adornados con cintas, están cubiertos con hojas de papel y espuelas de hierro, cuyo roce y cuyas picaduras les espantan y excitan de tal modo, que más bien vuelan que corren. En algunos minutos han atravesado á Roma sin que se les haya visto desviarse á la derecha ó á la izquierda; el que llega primero es el que alcanza el premio. Acabada la carrera, otro cañonazo anuncia el fin de las diversiones de aquel día. Cada cual vuelve á su casa, todas las caretas caen y solo puede conservarse el disfraz. Y veis á todo aquel pueblo, dócil como un niño,

someterse exactamente á esta sábia prescripcion; al dia siguiente vuelve á empezar la fiesta y se pasa como la víspera. Antes de la señal, no hay un máscará en las calles; despues del "Ave María" no hay una careta en los rostros. A vista de esta sumision, así como del orden y de la decencia que reinaban en la fiesta, no pudimos dejar de decir: Si esto fuera en Paris, en lugar de algunos dragones, serian necesarios regimientos enteros para contener á la multitud y prevenir el desorden; habria probablemente resistencias, querellas, sangre derramada; aquí, nada de eso hay; tan cierto así es que nosotros no sabemos divertirnos!

El último dia, á la carrera de caballos sigue el juego de los "moccoletti;" este es el ramillete del carnaval. Los "moccoletti," son pequeñas bujías que uno lleva en la mano; se cuentan por millares desde el pavimento de la calle hasta los últimos pisos; de este modo, el "Corso se vé iluminado como por encanto. Ahora bien; se ponen á quien apague el "mocco" de su vecino. Todo sirve para esto; los ramilletes de flores, ó las puñadas de "confetti," el sombrero y hasta el pañuelo. Este le sopla sin cumplimiento en las narices del portador; aquel salta por detrás de los coches y de un solo golpe apaga los "moccoletti;" de todos los que van en ellos; mientras este hace esta jugada, otro le imita; se ven tambien algunos que armados de largos apagadores se ponen delante de los balcones á apagar los "moccoletti;" y cada vez que se logra apagar alguno ó algunos, todos los festejan con carcajadas ruidosas y pronuncian, dirigiéndose á aquel, cuya antorcha ha sido apagada, esta frase de chanza: "¡Senza meccolo! ¡Senza meccolo! Además, todo aquel pueblo agitándose en diversos sentidos, aquellos gritos de alegría, aquellas risas prolongadas, aquellos millares de antorchas apagadas y

luego encendidas, vueltas á apagar y vueltas á encender, forman el espectáculo más animado y más curioso que se puede imaginar. De agradable que es esta escena vista desde un solo punto, se convierte en magnífica, cuando dirigiendo la vista hácia lo léjos, el espectador mira desarrollarse ante él aquella inmensa iluminacion, cuyos movimientos dan al "Corso" el aire de un rio de fuego agitado por las olas. A la media noche un último cañonazo anuncia el fin, y todos los "moccoletti" se apagan. Tal es el carnaval de Roma, del cual solo puedo decir que es perfectamente bello, y perfectamente loco.

Por otra parte, al lado frívolo de estas diversiones, ha sabido la religion unir un carácter de gravedad que solo se encuentra en Roma. Así los viérnes, los domingos y las fiestas que se encuentran durante el carnaval, son de guarda, es decir, que no hay ni máscaras, ni juegos, ni carreras. Si por esta razon el carnaval solo puede durar diez dias plenos, el excedente del premio de las carreras se da en limosnas á comunidades pobres. El Santo Padre tambien hace su carnaval; todas las mañanas viene á la ciudad, se muestra á su pueblo y visita á algunas casas religiosas, en las cuales deja bendiciones y beneficios. En cierto dia invita á los cardenales y algunas personas elegidas, á una lotería privada en favor de los pobres, que tiene lugar en sus habitaciones. Se ve que Roma nada ha desperdiciado por hacer lo ménos perjudicial que se pueda, diversiones cuyo uso seria demasiado peligroso abolir. Añadiré que por la mañana, al llegar á San Pedro, habiamos visto una larga procesion que subia las gradas del vestibulo. Se componia de una corporacion, cuyos miembros, vestidos con largos sacos rojos, iban precedidos de una cruz de quince piés de altura y de un grueso proporcionado. Esta cruz de carton color

de corteza de árbol, redonda, nudosa, se parece enteramente á dos árboles provisionalmente unidos para formar un instrumento de suplicio; no se la puede ver sin sentir una impresion de terror; tan á propósito está para impresionar. Esta procesion venia á asistir á la bendicion del Santo Sacramento y á las Cuarenta-Horas que tienen lugar para servir de contrapeso á los peligros del carnaval. El mismo Santo Padre vino á exponer al Santísimo Sacramento. La Iglesia, semejante á Job que ofrecia sacrificios al Señor despues de los inocentes festines en que se habian reunido sus hijos, para expiar de este modo las faltas de que hubieran podido hacerse culpables, é inquieto por la conducta de sus hijos durante esos dias de dissipacion y de placer, ofrece á Dios una víctima de expiacion y manda hacer oraciones más largas y más solemnes. Yo no sé si será; mas á mí me parece una bella armonía.

Despues de los "moccoletti," en vez de volver á tomar el camino de nuestro hotel, nos dirigimos á un doble asilo preparado por la caridad romana al pobre sin abrigo. Cuando al caer la noche recorreis ciertas calles de Paris ó de Lóndres, vereis desembocar por todas partes un pueblo de hombres, de mujeres y de niños hechos un andrajo; luego desaparecen repentinamente en bodegas malsanas ó en inmundas bohardillas. Allí les espera una cama de paja ó de estiércol; allí por algunos sueldos se acuestan confundidos unos con otros, hasta que el dia llama á las calles á aquellos rebaños de seres degradados, cuyo solo aspecto deberia hacer avergonzar á las dos capitales que se proclaman las reinas de la civilizacion. ¡Qué espectáculo tan diferente presenta Roma!

Cuando llegamos más allá del Velabro, cerca del pórtico de Octavia, oimos los pasos de un gran número de hombres y de

niños que resonaban en el pavimento de la calle y de la encrucijada; eran todos pobres. ¿A dónde iban? Iban, como nosotros, al hospicio de Santa Galla. Voy á daros la historia de esta tierna creacion. A mediados del siglo décimosétimo, el caritativo sacerdote Marco Antonio Odelcaschi abrió en Santa Galla un refugio en la noche para todos los pobres sin asilo, especialmente en el invierno. Se veía aquel santo hombre yendo él mismo á buscarles por las calles y en las encrucijadas, hacerles subir á su carroza y llevarles á su hospicio. ¹ Llegó á recoger quinientos ó seiscientos, cuyos harapos convertia en vestidos y á quienes daba calzado, una cama, fuego y una sopa que les servia con sus propias manos; pero su principal objeto era instruirles en las cosas de la fe. Inocencio X, D. Livio y D. Baltazar Odelcaschi, todos miembros de la ilustre familia tan conocida en Roma por su generosa caridad, aseguraron la perpetuidad de esta obra.

Hoy los pobres encuentran en Santa Galla un abrigo para su sueño y un catre con jergon, almohadas y cobertores. En estío se les recibe allí hasta las ocho y media. Se cuentan 224 lechos en cinco dormitorios; tres son comunes; otro sirve para los enfermos de la piel; el quinto está destinado á los eclesiásticos; este último tiene once camas. El refugio está abierto para el pobre, mientras tiene necesidad de él.

Entramos en aquellos "miembros del Salvador, que sufren," ó más bien con nuestros "amos," según la evangélica expresion de San Juan el Limosnero. Habia allí muchos eclesiásticos que les recibian con gran cordialidad. Se les hizo to-

¹ Egli medesimo si andava cercando per le vie e per le piazzie di Roma, e ritrovandone li conduceva in carrozza in quest'ospicio. Const., 209.

mar lugar, y luego se empezó á distribuirles el pan de la caridad espiritual. Un día es el catecismo; otro, rosario; el sábado un rasgo de historia relativo á la Santísima Virgen, y se les confiesa cuando hay lugar. Estos diferentes ejercicios, acompañados algunas veces de cantos, se prolongan hasta muy avanzada la noche. Cada año se les hace un retiro, y el 5 de Octubre, día de la fiesta Santa Galla, se saca en suerte una lista de doce pobres á quienes se les sirve una buena comida.

Esta maternal caridad que acoge á los hombres en Santa Galla, la encontramos en San Luis, ejerciéndose con las mujeres. Este nuevo hospicio, inmediato al primero, fué fundado á principios del último siglo por el venerable padre Gallazi, de Florencia. Se compone de dos dormitorios, de una capilla, de una sala de recreacion y de un jardín. Las rentas actuales no permiten tener arriba de treinta camas, pero el local podia contener el doble. Las pobres mujeres, que al toque del "Angelus," se presentan allí por la noche, son admitidas desde luego si hay lugar. Se excluyen solamente las enfermas, las mujeres en cinta, las afectas de males cutáneas, puesto que todas ellas tienen asilos especiales. Personas caritativas las reciben y las instruyen. Despues de la instruccion y de la oracion se les envia á sus lechos, compuestos de jergones y cobertores. Por la mañana, luego que se levantan, salen á sus trabajos. Una vez al mes oyen la misa y comulgan en el hospicio. Ese día se les da un medio paolo (25 céntimos de franco) en compensacion de lo que hubieran podido ganar durante ese tiempo (1). A vista de tantos cuidados, de tantos miramientos con el pobre, en otro tiempo tan profundamente despreciado de la sociedad pagana, y hoy tan mal comprendido en nuestras socieda-

1 Constanzi, p. 209; Morich, p. 134.

des materialistas, los ojos del viajero se humedecen con dulces lágrimas y su memoria le recuerda el oráculo del Profeta del cual habia hecho con gusto aplicacion á esta Iglesia romana su madre, y el modelo de los pueblos: "A vos ha sido confiado el pobre y seréis el apoyo del huérfano." Si se siente alguna pena es solo la de pensar en que más allá de los Alpes, en el hermoso reino de Francia no se encuentra nada semejante.

9 DE FEBRERO.

El día de la Ceniza.—Capilla papal.—Caridad romana con los ancianos.—Con las viudas.—Asilo Barberini para los moribundos.—Ministros de los enfermos.—De los muertos.—Archicofradía de la Muerte.—Del sufragio.—El "Ave María" de los muertos.

Nos dormimos en el carnaval y despertamos en la Cuaresma. A la media noche las campanas de la ciudad santa se pusieron en movimiento y anuncian solemnemente la apertura de la gran cuarentena. Yo no sé qué impresion produjo aquel inmenso repique á una hora tan desusada. Graves y santos pensamientos os asaltan, y hasta el hombre más irreflexivo no puede escaparse de tenerlos. Al primer sonido de las campanas, los bailes, los teatros, los "soirées," todo acabó y acaba hasta la Pascua, al ménos los teatros y los bailes. El ayuno católico ha reemplazado las locas alegrías y los pensamientos mundanos. El pueblo romano que habia tomado el carnaval por lo sério, toma tambien la Cuaresma en el mismo sentido. Desde por la mañana del Miércoles de Ceniza, llena las iglesias y recibe en su frente la señal solemne de la penitencia. Todo permanece tranquilo en la ciudad, ayer todavía tan ruidosa; Roma ha recobrado su fi-

sonomía de grave y de casta matrona; podia decirse que el carnaval habia pasado hacia ya un año.

Nosotros fuimos tambien á buscar la ceniza á la capilla Sixtina y nos fué dado recibirla de mano del Soberano Pontífice. Si en todas partes la lúgubre ceremonia es imponente, en ninguna bajo el cielo lo es tanto como en San Pedro. El Sacro Colegio, los generales de las órdenes, los embajadores, los prelados romanos, los obispos extranjeros, ancianos de cabellos blancos ó bien jóvenes, lo más selecto de las naciones, adornaban, por decirlo así, el recinto reservado de la soberbia capilla; el Santo Padre estaba en su trono. De pronto baja, y os dejó contemplar cuál será el sentimiento que debe experimentar el viajero oscuro, cuando ve al cardenal gran penitenciario, avanzar adelante del vicario de Jesucristo y decirle al ponerle la ceniza en la cabeza más augusta del universo: "¡Acuérdate, hombre, de que eres polvo y qué volverás al polvo! 1. Confieso que á ejemplo semejante poco cuesta humillarse. Apenas volvió el Soberano Pontífice á su trono, cuando toda la asamblea vino con profundo recogimiento á prosternarse á sus piés y á recibir de su mano sagrada el signo de la penitencia.

Al salir de la ceremonia, uno de nuestros amigos de Roma, quiso dirigir nuestra expedicion á los hospitales que nos faltaba visitar. Durante el camino, la conversacion recayó sobre el respeto á la autoridad, respeto eminentemente social, del cual acabábamos de tener un ejemplo en la manera con que el Santo Padre recibió la ceniza. "Estas tradiciones saludables, añadió nuestro guía, se conservan todavía en nuestras familias; generalmente la autoridad paternal es muy respetada. Entre los

1 El Santo Padre en señal de su dignidad suprema no se arrodilla, sino que en pié recibe la ceniza.

padres y los hijos no reina esa familiaridad que se acerca á la igualdad; nada de tutear los hijos á los padres, ni de los padres á las madres; el hijo no abraza á su padre ni por la mañana ni por la noche; se contenta con solo besarle la mano." Así, cuando los Romanos ven la manera que acostumbran nuestros Franceses con sus hijos, dicen muy asombrados: "E un dar troppo confidenza ai figli." Es dar muchas confianzas á los hijos. ¿No tendrían razon?

Entre tanto llegábamos al objeto de nuestro viaje. Antes de tocar el pobre á su última hora, cuando sus fuerzas agotadas por la edad no le permiten bastarse á sí mismo, encuentra gracias á la caridad romana un abrigo para su vejez, como encontró una cuna para su infancia, un socorro para su miseria y remedios para sus enfermedades. Le hemos visto en San Miguel, en Santa María de los Angeles, dejando correr tranquilamente sus días, rodeado de todos los cuidados del cuerpo y del alma; parece que en esta larga cadena de beneficios, no falta ni un eslabon. Por tanto, solo el ojo maternal de Roma entreve una solucion de continuidad, en que no sé que los otros países fijen la atencion. Con demasiada frecuencia las mujeres del pueblo, esposas laboriosas de honrados obreros, se quedan viudas ántes de tiempo. Secundadas por sus maridos, proveian á sus necesidades; pero solas no pueden, y si se quedan en medio del mundo ¡cuántos peligros la esperan! ¿Y cómo sacarlas de ellos? Demasiado jóvenes todavía no se las puede colocar en los hospicios de las ancianas. ¿Qué medio para preservar su virtud y asegurar su existencia? Este grave problema, tan interesante para las costumbres públicas, lo ha resuelto Roma. En su seno existen piadosas casas que acogen gratuitamente á las pobres viudas y les proporcionan un asilo, sin darlas por otra parte alimentos ni vestidos. Vive allí en comunidad, con la liber-